

HISTORIA RECIENTE DE LOS ESTUDIOS CULTURALES

RECENT HISTORY OF THE CULTURAL STUDIES

Eguzki Urteaga
Universidad del País Vasco

Resumen: Desde los años 1960, las *Cultural Studies* han puesto en el orden del día toda una serie de cuestiones: ¿De qué manera el entorno social, la edad, el género o la identidad étnica afectan a la relación que mantienen las personas con la cultura? ¿Cómo comprender la recepción de los programas televisados por los diferentes públicos? ¿Los estilos de vida de los jóvenes constituyen unas formas de resistencia? Desde entonces han renovado el debate tanto académico como social sobre las relaciones entre la cultura y la sociedad. Este artículo propone analizar más precisamente la historia reciente de los Estudios Culturales, que empieza en los años 1980 con el giro metodológico y político, gracias a un relevo generacional, y que se traduce por ciertas derivas, antes de dirigirse hacia una cierta convergencia. Este cambio de rumbo coincide con la internacionalización de los *Cultural Studies*, a pesar de las especificidades nacionales y continentales, y una ruptura del compromiso de los investigadores. En definitiva, si los Estudios Culturales han profundizado ciertos temas y han favorecido la emergencia de otros, como los Estudios Postcoloniales, se han dejado llevar por la simplificación, la predilección por el mercado y la micro-sociología. Una de las maneras de salir de este impasse consiste en explorar nuevas interdisciplinaridades.

Palabras clave: estudios culturales, historia, Inglaterra.

Abstract: From the 1960's, the Cultural Studies have put in the agenda a series of questions: Of what way do the social environment, the age, the gender or the ethnic identity affect the relation that the persons have with culture? How to understand the reception of the televised programs by the different publics? Do the life styles of the young people constitute new forms of resistance? Since then, they have renewed the both academic and social debate on the relations between culture and society. This article proposes to analyze more precisely

the recent history of the Cultural Studies, which it begins in the 1980's with the methodological and political draft, with a generational relief, and which are translated by certain leeway, before to privilege a certain convergence. This change coincides with the internationalization of Cultural Studies, in spite of the national and continental specificities, and a rupture of the engagement of the investigators. Finally, if the Cultural Studies have deepened certain topics and have favored the emergency of others, like the Postcolonial Studies, they have fallen down in simplifications and the predilection for the market and the micro-sociology. One of the ways of going out of this impasse consists of exploring news interdisciplinarity.

Key words: cultural studies, history, England.

Introducción

La noción de cultura ha generado abundantes y contradictorios trabajos en ciencias sociales. Este término designa tanto una serie de grandes obras clásicas como unas maneras de vivir, de sentir y de pensar propias a un grupo social¹. La idea de cultura legítima implica una oposición entre el museo y el fútbol, entre las obras consagradas y la cultura de masas producida por las industrias culturales. La manera de reflexionar sobre las culturas y de articularlas está directamente vinculada a las tradiciones nacionales. Francia ha intentado convertir su cultura letrada y los trabajos que lo han teorizado en una contribución universal. La aportación alemana ha conocido igualmente una amplia difusión, que se trate, en el siglo XIX, de Humbolt o de Herder, o, en el siglo XX, de la Escuela de Frankfurt. En el ámbito de la socio-antropología, la contribución de los investigadores americanos, desde Margaret Mead hasta Clifford Geertz, pasando por la Escuela de Chicago, es también notable. Curiosamente, si la contribución británica a la producción de obras legítimas es incuestionable, las reflexiones originarias del Reino-Unido que se fijan en el estatus de cultura y en su significado son relativamente desconocidos en España. Esta ignorancia es paradójica en un periodo en el cual los *Cultural Studies* inspiran una cantidad considerable de investigaciones y de teorías sobre la cultura contemporánea.

Esta corriente encuentra sus antecedentes en el siglo XIX. A menudo asociados a un pragmatismo alérgico a los planteamientos teóricos, la Inglaterra industrial ha desarrollado un debate original sobre la cultura, pensado como un instrumento de reorganización de la sociedad afectada por el maquinismo, y la civilización de los grupos sociales emergentes, como cemento de un conciencia nacional. Este debate, que encuentra su equivalente en el mundo intelectual de la mayoría de los países europeos, dará lugar a una corriente original después de la Segunda Guerra mundial. En este sentido, los *Cultural Studies* aparecen como un paradigma y un planteamiento teórico coherente. Es cuestión de considerar la cultura en un sentido amplio y de pasar de una reflexión centrada en el vínculo cultura-nación a una visión de la cultura de los grupos sociales. Si sigue teniendo una dimensión política, la cuestión central consiste en comprender en qué

¹ Cuche, D. (1996). *La notion de culture dans les sciences sociales*. Paris, La Découverte.

medida la cultura de un grupo social, y, en primer lugar, la de las clases populares, cuestiona el orden social o, por el contrario, adhiere a las relaciones de poder.

Los años 1970 asisten al desarrollo de estas temáticas. La Escuela de Birmingham explora las culturas jóvenes y obreras, así como los contenidos y la recepción de los medios de comunicación. Por ejemplo, algunos historiadores analizan las múltiples manifestaciones de las resistencias populares. Estas investigaciones tienen un carácter precursor. Lo que constituye inicialmente un foco marginal de investigación, situado entre el mundo académico y las redes de la nueva izquierda británica, conoce una expansión considerable a partir de los años 1980. Los trabajos se extienden gradualmente a los componentes culturales vinculados al género, a la etnicidad y a las prácticas de consumo. Consiguen una difusión planetaria. Pero, esta expansión se acompaña de ciertas rupturas, ya que los oponentes de ayer acceden a cargos de responsabilidad en el mundo académico. Su inspiración teórica debe hacer frente a la desvaloración del marxismo y al auge de nuevas ideologías y teorías así como a los efectos de los cambios sociales: revalorización del sujeto, rehabilitación del placer vinculado al consumo de los medios de comunicación, fortalecimiento de las visiones neo-liberales o aceleración de la circulación mundial de los bienes culturales. Si los *Cultural Studies* siguen siendo un paradigma, poco tienen que ver con sus inicios. Poco a poco, ponen el énfasis en la capacidad crítica de los consumidores, cuestionan el rol central de la clase social como factor explicativo y valoran nuevas variables: la edad, el género e la identidad étnica.

Llevados por la dinámica de su éxito, que se traduce especialmente por la multiplicación de las revistas, de los libros y de los manuales, y por la creación en numerosos países de departamentos de *Cultural Studies*, conocen nuevas inflexiones. Estas se traducen por la expansión constante de su territorio que engloba unos objetos descuidados hasta entonces por las ciencias sociales: consumo, moda, identidades sexuales, museos, turismo o literatura. Los planteamientos más radicales de estas investigaciones reivindican a partir de entonces un estatus de «anti-disciplina». El término marca el rechazo de las separaciones disciplinares y de las especializaciones y la voluntad de combinar las contribuciones y los cuestionamientos provenientes de los saberes mestizados, la convicción de que lo que está en juego en el mundo contemporáneo necesita ser cuestionado a partir del enfoque cultural.

Más precisamente, este artículo propone analizar la historia reciente de los Estudios Culturales, que empieza en los años 1980 con el giro me-

todológico y político, gracias a un relevo generacional, y que se traduce por ciertas derivas, antes de dirigirse hacia una cierta convergencia. Este cambio de rumbo coincide con la internacionalización de los *Cultural Studies*, a pesar de las especificidades nacionales y continentales, y una ruptura del compromiso de los investigadores. En definitiva, si los Estudios Culturales han profundizado ciertos temas y han favorecido la emergencia de otros, como los Estudios Postcoloniales, se han dejado llevar por la simplificación, la predilección por el mercado y la micro-sociología. Una de las maneras de salir de este impasse consiste en explorar nuevas interdisciplinaridades.

El giro de los Cultural Studies

En la evolución de los Estudios Culturales, los años 1980 están asociados al giro etnográfico. La expresión designa un desplazamiento hacia un estudio de las modalidades diferenciales de recepción de los medios de comunicación por los diferentes públicos, especialmente en materia de programas televisivos. Para comprender lo que está en juego en esta nueva etapa desde un punto de vista epistemológico y político, es preciso mantener una distancia crítica acerca de la historia oficial de los *Cultural Studies*.

¿Un giro o una nueva interpretación de la historia?

Efectivamente, los estudios de Richard Hoggart sobre las culturas populares realizados en los años 1950 tienen un importante componente etnográfico. Los trabajos de Hebdige o de Willis también se inspiran de dicho enfoque. La mayoría de los textos de la década de los 1970, reunidos en un *reader* del CCCS², se titulan parcialmente *ethnography*. En este sentido, la verdadera ruptura no estriba tanto en el giro etnográfico sino en la apertura, a partir de los años 1980, del programa de investigación a la recepción de los medios de comunicación que intenta operativizar unos

² Hall, S., Hobson, D., Lowe, A., Willis, P. (1980). *Culture, Media, Language*. London, Lawrence and Wishart.

modelos como el de la codificación-descodificación de Hall. En esta óptica, los investigadores van a hacer muestra de una gran creatividad en la búsqueda de métodos de observación y de comprensión de los públicos, espacialmente las técnicas etnográficas³.

Semejante retorno crítico hacia el modelo de codificación-descodificación es realizado por Moores a través de su estudio sobre la recepción del programa británico *Nationwide*. Su objetivo es a la vez alejarse de la fascinación semiológica, que sitúa en el texto un programa de recepción de la lectura suficientemente poderoso para imponerse a todos los receptores, y de averiguar empíricamente el modelo de Hall. Es el primero en introducir la técnica de los *focus groups*, observando, sobre 29 grupos que representan entornos muy diversos, las reacciones ante la difusión de episodios de este programa. La investigación sobre *Nationwide* representa un doble avance desde el punto de vista científico. Averigua empíricamente el fundamento del marco analítico planteado por Hall y conduce a poner de manifiesto sus insuficiencias y lagunas: el modelo de Hall mezcla cuestiones de comprensión, de reconocimiento, de interpretación y de reacción. Centrándose en la importancia de los estatus sociales, no podía comprender la importancia del ámbito doméstico de percepción, las relaciones en el seno de las familias y, especialmente, el papel desempeñado por las mujeres que se encargan preferentemente de la educación de los niños. El trabajo sobre los *focus groups* plantea nuevas preguntas sobre el rol de los medios de comunicación en la producción de los diferentes registros identitarios. El desplazamiento de las problemáticas iniciado por Morley se encuentra acentuado, hacia la dimensión del género en los procesos de recepción y la relación con los instrumentos técnicos de comunicación. Integra igualmente una parte consecuente de los *Cultural Studies* en el ámbito más antiguo y clásico de las ciencias de la información y de la comunicación.

En 1986, Morley publica otra investigación titulada *Family Television: Cultural Power and Domestic Leisure*. Las técnicas utilizadas consisten en la observación participativa, el diario de horarios, la cartografía mental de los espacios domésticos o de las distancias afectivas, las modalidades de comunicación o el comentario del álbum familiar. A partir de entonces, se desarrollan unos protocolos que intentar analizar más precisamente las reacciones de los telespectadores.

³ Moores, S. (1993). *Interpreting Audiences*. London, Sage.

El giro epistemológico y político

Para comprender la evolución de los *Cultural Studies*, es preciso tener en cuenta su dimensión política y el contexto teórico y metodológico en el que se desenvuelven. En este sentido, el giro etnográfico es inseparable de otros giros que marcan el Reino Unido durante los años 1980. La llegada al poder de Margaret Thatcher supone un giro conservador general en materia de políticas públicas que se traduce por la privatización de los servicios públicos, la desregulación del mercado laboral, la reducción de los impuestos o el enfrentamiento directo con las centrales sindicales. Este cambio influye directamente en el crecimiento económico y la cohesión social de este país. Esta liberalización se produce igualmente en el sector de las telecomunicaciones.

Stuart Hall, el más político de los investigadores de esta corriente, tiene una intuición precoz de estos cambios. Es significativo que deje de ser director del centro de Birmingham al final de los años 1970 para concentrar la mayor parte de su energía en la revista *Marxism today*. Publica una quincena de artículos en esta revista durante los años 1980 en los cuales desarrolla su reflexión sobre los cambios de la Gran Bretaña thatcheriana, sobre todo en los ámbitos de la cultura y de la moda. En 1988-1989, crea un amplio foro en el que participan numerosos intelectuales críticos. Estos explicitan e interpretan estos cambios e invitan los pensadores a mirar en frente los hechos tozudos y desagradables. Numerosas contribuciones serán reunidas en *New Time*⁴ que explora los cambios de la economía y del Estado de bienestar así como las tensiones identitarias y los conflictos entre lo local y lo global. Estos textos abordan temas tradicionales de los *Cultural Studies*. No obstante, el conjunto se singulariza por el peso dominante de las contribuciones de los periodistas, economistas y politólogos, mientras que las aportaciones de las figuras consagradas de los Estudios Culturales son reducidas. En este sentido, se trata de un libro más político que académico, *New Time* plantea el problema de la retirada y de la marginación de los intelectuales críticos del espacio público y del debate político. Por el contrario, sugiere que una década de política thatcheriana ha sido necesaria para poner de manifiesto la importancia de las estructurales económicas, sociales y políticas, a los que se añade las estructurales culturales.

⁴ Hall, S., Jacques, M. (1990). *New Time: The Changing Face of Politics in the 1990's*. London, Lawrence and Wishart.

Para Hall, una de las características del postfordismo es el debilitamiento de las solidaridades tradicionales y el desarrollo de una nueva forma de individualidad que provoca una transformación de las identidades sociales. «De ahora en adelante, no se puede concebir el individuo como un ego completo y monolítico o un sí mismo autónomo. La experiencia de sí mismo es más fragmentada, esta marcada por su incomplitud y esta compuesta por múltiples dimensiones e identidades vinculadas a los diferentes mundos sociales en los que nos situamos. Estas vicisitudes del sujeto tienen su propia historia que se refiere a los episodios clave de los nuevos tiempos. Incluyen la revolución cultural de los años 1960, 1968 especialmente con su sentido agudo de la política como teatro, el eslogan feminista *The personal is political*, el psicoanálisis con el descubrimiento de las raíces inconscientes de la subjetividad, las revoluciones teóricas de los años 1960 y 1970 con su atención al lenguaje y a la representación». Todo ello supone un replanteamiento conceptual que crea ciertos problemas a la izquierda. «Su cultura convencional, que pone el énfasis en las contradicciones objetivas, las estructuras impersonales, los procesos que se desarrollan a espaldas de los seres humanos, hace que seamos incapaces de enfrentarnos de manera coherente a lo subjetivo en política».

Poco a poco *Marxism Today* ha cambiado de aspecto intentando integrar «la nueva pluralidad de los estilos de vida» y retomando los esquemas de los socio-estilos de la industria publicitaria. La temática de los artículos publicados en esta revista parece indicar un repliegue de los intelectuales en la esfera académica. Poniendo el énfasis en los nuevos marcadores de la sociedad de consumo y de la libertad de elección de los individuos, el diagnóstico de Hall debe hacer frente a estas críticas. Le reprochan su adhesión a la idea del *boom* del consumo desarrollado por el gobierno conservador de Margaret Thatcher y su fascinación por el discurso, haciendo el impace sobre los efectos de la política económica sobre la esfera productiva y las desigualdades sociales⁵. Efectivamente, la lectura que propone Hall sobre los medios puestos a disposición por el Estado thatcheriano para asentar la hegemonía de un régimen «populista autoritario» sobrevalora su consistencia ideológica y la influencia que ejerce sobre la mentalidad colectiva. Esta visión monolítica del poder y del control estatal sobre los medios de comunicación parece contrade-

⁵ Milliband, R., Panitch, L. (1990). *The Retreat of the Intellectuals*. London, Merlin Press.

cir su propia teorización de la construcción de la hegemonía de un grupo social a través de un discurso fluido, como resultado filtrado de unas interacciones sociales y de unas mediaciones culturales y, por lo tanto, no manipulado por la autoridad política⁶. De hecho, Hall oscila entre la filosofía de Althusser y su visión de la hegemonía como coacción ejercida por los aparatos ideológicos y la de Gramsci, más sensible a la hegemonía como juego de negociación y de mediación.

El diagnóstico de Hall subraya tanto el desplazamiento como la continuidad de los objetos y de las problemáticas de los *Cultural Studies*. Se pueden leer como la crónica paralela de una dislocación y la búsqueda de nuevas cartografías identitarias, especialmente a través de la cristalización de las subculturas. Los nuevos tiempos del thatcherismo aceleran simultáneamente esta dislocación de las identidades sociales vinculadas al mundo obrero tradicional. Están marcadas en Reino Unido por una forma de erosión de las grandes referencias políticas que traduce la impotencia de un partido laborista condenado a la oposición. En este contexto, las formas estructurantes de las identidades sociales, políticas y nacionales se debilitan, de modo que la cuestión de las recomposiciones identitarias se convierta en lo que esta en juego políticamente.

Lejos de constituir dos ámbitos separados, los trabajos sobre los medios de comunicación y el espacio público, por una parte, y sobre las identidades sociales, por otra parte, se van articulando fuertemente. Graig Calhoun⁷ permite comprender el sentido de esta complementariedad. Para él, el espacio público deja de ser un espacio de pura racionalidad y de enfrentamiento lógico o un comercio de discurso en el que los ciudadanos elegirían de manera racional. Es sistemáticamente un mercado identitario, de estructura, de exhibición y de oferta, a través de los discursos políticos, del flujo de la información, de los productos culturales e incluso de las modas. Circulan unos modelos de realización, de valorización de los comportamientos y de panoplias identitarias a partir de las cuales se producen, en una mezcla de racionalidad y de afecto, unos procesos de construcción de colectivos y de combinaciones entre el «yo» y el «nosotros». Ello explica que se pueda comprender el giro etnográfico como una continuidad, en la medida en que se produce una identificación de los medios más eficientes

⁶ Wood, B. (1998). «Stuart Hall's Cultural Studies and the Problem of Hegemony», *British Journal of Sociology*, vol. 49, pp. 399-413.

⁷ Bourdieu, P., Coleman, J. (1991). *Social Theory for a Changing Society*. Boulder Westview Press.

para analizar las enigmas vinculadas a los procesos de descomposición-recomposición identitarias, para comprender el consumo de los productos y servicios culturales, las elecciones identitarias e ideológicas y los placeres mediáticos que aparecen como escandalosos a unos intelectuales marcados por el marxismo. Basándose en los diagnósticos relativos a las nuevas condiciones de la formación de las identidades sociales, Hall no ha dejado de afirmar la centralidad de la cultura en la gestión de las sociedades y, a través de ello, en sus maneras de concebir la acción política.

En materia de investigaciones académicas, Hall explica en 1991 el reposicionamiento de los Estudios Culturales insistiendo en ciertos factores que obligan a franquear ciertas fronteras, entre los cuales se allá. 1) La globalización de origen económico, es decir este proceso parcial de descomposición de las fronteras que han construido tanto las culturas nacionales como las identidades individuales, especialmente en Europa. 2) La fractura de los paisajes sociales en las sociedades industriales avanzadas, de modo que la palabra forme parte del proceso de construcción de las identidades sociales en las cuales se sitúa el individuo, posicionándose con respecto a diferentes coordenadas sin ser reducible a una de ellas. 3) La fuerza de las migraciones que, en silencio, transforman el mundo. 4) El proceso de homogeneización y de diferenciación que mina, tanto por arriba como por abajo, la fuerza organizadora de las representaciones del Estado-nación, de la cultura nacional y de la política nacional. Se añade a esta lista, la ruptura que constituye, para aquellos investigadores que siguen comprometiéndose políticamente, la casi obligación de implicarse en los movimientos sociales en lugar de afiliarse a un partido. Además de Hall, Thompson, activista del movimiento pacifista y de la movilización a favor del desarme nuclear, se enfrenta a veces a la incomprensión de sus compañeros. Menos conocido, el compromiso de Morley refleja también este nuevo interés por los movimientos sociales, puesto que uno de los responsables de la editorial Comedia está estrechamente vinculado a los movimientos alternativos.

Relevos y revisiones

Los nuevos tiempos se traducen igualmente por un relevo generacional. Se trata inicialmente de la formación de una nueva generación de investigadores especializados en los *Cultural Studies* y de la llegada a la adolescencia o a la edad adulta de las generaciones socializadas con el

audiovisual y todas las industrias culturales desde su infancia, cuyas jerarquías culturales no son las de las generaciones a las que pertenecen los investigadores de los Estudios Culturales de segunda generación. Las sensibilidades hacia la cultura y las relaciones con los medios de comunicación cambian, lo que exige también unos métodos de investigación más capacitados para analizar la vida diaria de las personas.

Las intervenciones de los nuevos estudiantes que participan en el seminario *Crossing Boundaries*, organizado en 1991 en Amsterdam por la *European Network for Cultural and Media Studies* son representativos del cambio de sensibilidad sobre la cuestión de la constitución de la identidad. «Mientras que la Escuela de Birmingham, con Hebdige y Hall, ha estudiado mucho las subculturas, se observa una ralentización de este tipo de estudios. Y ello por dos razones. En primer lugar, durante el largo periodo del centro, las subculturas han sido analizadas desde la perspectiva de las identidades verdaderamente fijadas, como unos conceptos estables, auténticos, originales, de resistencia, en un momento histórico determinado y en un lugar geográfico dado. En segundo lugar, cada subcultura debía causar su propia muerte cuando estaba aceptada por la *mainstream culture*: los *punks* británicos eran originales por su estilo y su manera de expresarse, pero cuando sus chamarras de cuero se han hecho de moda, los verdaderos *punks* han desaparecido». Hoy en día, una identidad fijada de la subcultura *hip-hop* se ha internacionalizado ampliamente. Viniendo de los *ghettos* negros de Harlem y del Bronx, en Estados Unidos, se ha extendido en algunos meses, especialmente en Holanda e Inglaterra. Actualmente, conviene hablar de la dicotomía entre lo global y lo local. Cada subcultura *hip-hop* local, regional o nacional ha añadido sus propias preocupaciones⁸.

El deslizamiento progresivo hacia la trivialización de la televisión en su forma comercial es revelador de todo ello. Se inicia en la primera mitad de los años 1980. Un indicador importante ha sido el primer coloquio internacional sobre las *Televisions Studies* organizado en Londres en julio de 1984 por el *British Film Institute* y el Instituto de Educación de la Universidad de Londres. Ien Ang «ha sido uno de los polos de atracción de la manifestación convirtiendo la noción de placer procurado al auditorio por la televisión comercial en el inicio de un enfrentamiento entre la herencia del servicio público con los paradigmas de la televisión privada. Este en-

⁸ Wermuth, M. (1996). «Meanwhile, at the Other Side of the Ocean», *European Network for Cultural and Media Studies*, Amsterdam, p. 62.

frentamiento se convirtió en un requisito contra el servicio público y una celebración unívoca de la lógica comercial». En esta óptica, la idea de un servicio público alejado de los deseos y de las preferencias populares solo era una «coartada para situar a los telespectadores en un marco paternalista»⁹.

Hacia el final de la década, este mensaje se ha convertido en una declaración de guerra en contra de la directiva «Televisión sin fronteras» aprobada por los países miembros de la Unión europea. Los partidarios de la integración europea han demostrado una preocupación obsesiva hacia la supuesta amenaza de la «americanización cultural» como consecuencia de la transnacionalización del sistema de los medios de comunicación. Esta postura oculta una evidencia: el hecho de que los símbolos culturales americanos forman parte integrante de la manera según la cual millones de europeos construyen sus identidades culturales. Por lo tanto, las políticas públicas fundamentadas en un antagonismo totalizador de Europa contra América no se corresponden con la vida diaria en la Europa contemporánea. El discurso paneuropeo no es solamente una respuesta contra-hegemónica frente a un hegemonía real de los Estados Unidos en el ámbito de la producción y distribución cultural. Se trata de una estrategia hegemónica que tiende a marginar las respuestas, difícilmente comprensibles, de los ciudadanos europeos¹⁰.

Detrás de la discusión a propósito del placer y de la confusión entre el placer ordinario y la televisión comercial, se esconde el debate sobre la aceptación o, por lo menos, la actitud neutral ante el proceso de privatización y de desregulación del sector audiovisual en el Reino Unido.

Convergencias

El mérito de las nuevas reflexiones sobre las audiencias de los medios de comunicación es innegable y se ubica en el movimiento teórico que se traduce por la vuelta del sujeto y del interés por la intersubjetividad¹¹.

⁹ Ang, I. (1985). «The Battle between Television and its Audience: The Politics of Watching Television», in Paterson, R., Drummond, P., *Television in Transition*, London, British Film Institute, pp. 264-265.

¹⁰ Ang, I. (1990). «Culture and Communication: Towards an Ethnographic Critique of Media System», *European Journal of Communication*, vol. 5, p. 257.

¹¹ Mattelart, A., Mattelart, M. (1986). *Penser les médias*. Paris, La Découverte.

Cuestionan los planteamientos deterministas que, a lo largo de las décadas anteriores, han puesto el énfasis en el peso de las constantes, de las estructuras y de la alienación que padecen unos seres reducidos a su estatus de receptor. Semejante cambio de óptica permite preguntarse sobre el margen de maniobra que, entre la autonomía individual y la coacción, el orden social da efectivamente a los agentes. El riesgo es real de pasar de un cierre del texto soberano a la reclusión en la recepción. En este sentido, pensado para operacionalizar unos modelos teóricos y dar unos objetos empíricos a los *Cultural Studies*, el giro etnográfico produce resultados sorprendentes, tales como la aproximación entre los enfoques tradicionales y modernos de los Estudios Culturales. Se parece a un nuevo invento de los viejos estudios inspirados por la sociología funcionalista. Algunos cruces, visibles en las citas y las notas de libros, ofrecen el espectáculo de una reconciliación, en la cual los investigadores empiristas, considerados hasta entonces por los *Cultural Studies* como los representantes del academicismo conservador, rinden un homenaje a unos investigadores críticos que acaban preocupándose por el realismo, mientras que los vanguardistas descubren las virtudes de los clásicos.

En *Television Audiences and Cultural Studies*, Morley analiza retrospectivamente los curiosos reencuentros que generan a veces estas evoluciones y las derrapadas que acompañan estos giros. Reivindica una doble superación. Lo que está en juego en los años 1980 es la ruptura con ciertos fundamentos de los Estudios Culturales anteriores: por la movilización de unos métodos sociológicos rigurosos, por la elección de una confrontación con la realidad empírica de los modelos teóricos de análisis de la recepción y por el cuestionamiento de una visión a veces mitificada de las resistencias que ha generado una lectura optimista de *L'invention du quotidien. Arts de faire* de Michel de Certeau. Simultáneamente, este momento de superación ha supuesto una rehabilitación crítica de una parte del legado empirista, subrayando en qué los trabajos de Katz, Klapper, Lazarsfeld o Merton han permitido contrarrestar las visiones más simplistas del poder de los medios de comunicación vinculadas al modelo behaviorista. No obstante, para Mosley, este empirismo revisado no puede ser totalmente rehabilitado cuando la atención sobre la autonomía del receptor se desplaza hacia una apología ingenua en la cual la capacidad de los telespectadores de codificar el flujo televisivo convierte en caduco cualquiera interrogación sobre los contenidos. Toma igualmente sus distancias con Liebes y Katz que tratan los códigos culturales sin explicar su génesis y su *modus operandi*. En sus dudas y contradicciones, la mirada retrospectiva de Mosley da cuenta

de una investigación en acción que no coincide con la coherencia de los manuales.

Sin embargo, cómo no mostrar cierta perplejidad ante la curiosa asimetría de una doble superación que rehabilita, con cierta generosidad, el mejor del empirismo para renovar las problemáticas de los *Cultural Studies*, pero manifiesta poco interés a la hora de explicar y utilizar los aspectos pertinentes de la herencia crítica. El retorno reflexivo sobre las investigaciones inspiradas por los «usos y gratificaciones» no es ni criticable ni inútil en sí. Para ello es preciso no ocultar los presupuestos epistemológicos de estos trabajos. En definitiva, unas buenas razones incitan a sospechar que las aproximaciones con la tradición empirista no se explican ni por el abandono del sectarismo ni por la efervescencia creativa del giro de los años 1980. En 1990, Katz escribe lo siguiente a propósito de la vuelta del público: «la noción de participación o de rol del espectador, en la medida en que prolonga la idea de una selectividad del público, se convierte en un punto de convergencia reseñable entre los neo-marxistas, los funcionalistas y los teóricos del texto. Los neo-marxistas aceptan enfrentar sus propias lecturas de los textos al estudio empírico de las lecturas realizadas por los espectadores. La idea que un texto pueda ser recibido por sus destinatarios sobre el modo de la oposición y en ruptura con sus ambiciones hegemónicas representa una apertura de la teoría crítica ante la posibilidad de una vulnerabilidad del *estatus quo*.

Si el interés por la recepción ha constituido una ruptura con los dogmas del periodo estructuralista, ha conducido igualmente a ocultar importantes interrogaciones y a suscitar cierta confusión que se caracteriza por el recepcionismo que aproxima todas las cuestiones sobre los medios de comunicación y que vuelve al viejo mediacentrismo. No se desvalora la fuerza de renovación de los trabajos de Morley o Ang, subrayando que sus contribuciones no han descalificado y agotado las problemáticas relativas a las relaciones de fuerzas internacionales en materia de productos culturales o las de la génesis de los instrumentos de descodificación. Una vez pasada la fase etnográfica, Morley compartirá este punto de vista como lo indica su colaboración con el geógrafo Kevin Robins. Ambos intentan rearticular los *Cultural Studies* con la economía política de la comunicación y la geografía cultural. Ello no impide que los Estudios Culturales y el funcionalismo se hayan efectivamente aliado para hacer frente a los partidarios de la interpenetración de las culturas, de las economías y de las sociedades a partir del reconocimiento del intercambio desigual entre estas culturas y las lógicas de exclusión inherentes al proceso de inte-

gración mundial de los sistemas técnicos y económicos. La visión del espacio global de los medios de comunicación trasciende el requisitorio de Ang en contra de las políticas públicas de la Unión europea. Es igualmente sintomática de la endogamia cultural de la tercera generación y de su indiferencia acerca de los avances de la ciencia política y de la economía política de la comunicación y de la cultura que han desarrollado el conocimiento de los juegos complejos de articulación y de descuelgue entre lo local, lo nacional y la esfera transnacional.

La internacionalización y la crisis de los Cultural Studies

Cincuenta años después de *The Uses of Literacy* y treinta años tras los primeros textos relevantes de Birmingham, la influencia de esta corriente de investigación se extiende y sus polos se reparten de manera diferente. Los Estados Unidos representan un nuevo relevo y un lugar esencial de este desarrollo. Los departamentos y las asignaturas de *Cultural Studies* existen en la mayoría de los países y los manuales, libros y revistas se multiplican, así como los objetos de estudio. Sin embargo, es preciso tomar la medida del desarrollo institucional de los Estudios Culturales y de la manera según la cual puede afectar un movimiento intelectual inicialmente contestatario. Esta expansión no puede analizarse como un simple proceso de desmultiplicación de los investigadores y de los descubrimientos, ya que tiene contrapartidas: la pérdida de identidad, de rigor y de fecundidad.

El Big Bang de los Estudios Culturales

La institucionalización se observa inicialmente en el Reino Unido, como un accidente producido por la friolera de las instituciones universitarias. En razón de su ilegitimidad académica, los *Cultural Studies* han sido confinados a los *polytechnics*. Estas instituciones consideradas como de segundo rango, han constituido desde el final de los años 1970, a la vez, las carreras destinadas a acoger una parte importante de los flujos de estudiantes y las sedes de la institucionalización de los polos de investigación sobre la cultura. No obstante, una de las políticas públicas desarrollada por los conservadores británicos en la mitad de los años 1980 consiste en erigir progresivamente las *polytechnics* en universidades de

pleno derecho para responder a la presión demográfica estudiante sin abrir demasiado las instituciones más elitistas. En una situación en la cual el crecimiento súbito del número de universidades enturbia la claridad del mapa académico, los *polytechnics* van a emplearse a afirmar su originalidad y a marcar su territorio científico, poniendo el énfasis en sus habilidades interdisciplinarias: los *European Studies* y sobre todo los *Cultural Studies*, que asisten al fortalecimiento de su legitimidad y de sus miembros. Simultáneamente, el éxito del *Open University* contribuye a asentar su disciplina.

Si los años 1980 asisten a la institucionalización de los *Cultural Studies* en Gran Bretaña, coinciden con su internacionalización. Toda la dificultad de dar cuenta de este desarrollo y del reparto geográfico desigual resulta de la diversidad de sus orígenes. Entre los denominadores comunes de este auge se encuentran la aparición, en los años 1960, de un nuevo público estudiante gracias a la democratización de la universidad que permite a las nuevas generaciones integrar la Universidad, a menudo por primera vez en sus familias. Este público manifiesta unas disposiciones más críticas y más escépticas a propósito de los valores y rituales del mundo académico que le parece demasiado formalista. Estas modificaciones morfológicas de la población universitaria se asocia a un segundo fenómeno: el cuestionamiento de los objetos y jerarquías académicas. Lo que está en juego en estas protestas es diverso. Puede funcionar como un signo de fidelidad hacia su entorno de origen reivindicando la dignidad y la toma en consideración de su cultura. Puede formar parte de una crítica más directamente política. Consta también de una dimensión práctica en el microcosmo académico: valorizar el estudio de la cultura de masas y financiar las investigaciones sobre los estilos de vida de los jóvenes supone igualmente decidir en términos de plazas, de presupuestos y de creaciones de carreras en una competencia con las demás disciplinas.

Y puesto que una de las peculiaridades de las luchas en el campo científico consiste en movilizar unos recursos científicos, las lógicas sociales e intelectuales que habían convertido Birmingham en un gran foco de importación conceptual van a encontrar su equivalente en numerosos países. Esta proximidad de las situaciones se expresa en un llamamiento frecuente a las variaciones no mecanicistas e/o altamente teóricas de los marxistas de los años 1970, en la sollicitación de nuevas disciplinas como la semiología. Pero la similitud no significa la identidad. La situación de los *Cultural Studies* británica se invierte, puesto que se convierten, en el inicio de los años 1980, en un objeto de exportación. La producción de

los investigadores británicos ofrece un conjunto de estudios de campo de gran valor y unos textos más teóricos, cuyos temas cobran sentido fuera del Reino Unido. La lengua es igualmente una condición de esta difusión. El inglés, más que el francés o el alemán, constituye una lengua de intercambio académico internacional. Confiere una ventaja competitiva a los textos y teorías anglófonas o traducidos al inglés. Birmingham y los Estudios Culturales se han encontrado, por lo tanto, en posición de funcionar como relevos e interpretes de numerosos trabajos franceses e italianos.

Estas explicaciones de la influencia internacional de las investigaciones anglófonas sobre la cultura dejan cuestiones importantes en suspenso. Por una parte, es preciso explicar su desarrollo en el tiempo, ya que, si los años 1970 asisten a la consolidación científica de la semiología en Francia, su influencia disminuye notablemente una década más tarde. Por el contrario, la expansión de los *Cultural Studies* ha continuado en los años 1990. Cinco factores pueden explicarla:

1. Los desfases temporales en los procesos de democratización universitaria. El movimiento vinculado a la aparición de los Estudios Culturales se desarrolla posteriormente en ciertos países de Europa del Sur, y más aún en los países del hemisferio Sur. Los años 1990 coinciden igualmente con la segunda fase de ampliación del número de estudiantes, comparable a la de los años 1960.
2. La acción de los expatriados británicos. Si los años Thatcher han provocado la institucionalización de los departamentos de *Cultural Studies*, han sido marcados inicialmente por una disminución de las contrataciones y un deterioro de las condiciones de trabajo de los universitarios, que se han traducido por un movimiento de expatriación. Estos investigadores juegan un papel de embajador de los *Cultural Studies* en el extranjero.
3. El fortalecimiento de la red internacional de los *Cultural Studies* se debe también a la atracción que ejerce sobre los departamentos de lengua y civilización británica y anglosajona en todo el mundo. Sus profesores constituyen un componente significativo de los coloquios internacionales de la disciplina.
4. La importancia creciente de lo cultural como objeto de investigación y de formación universitaria resulta igualmente del lugar de producción de los bienes culturales. En una definición que se refiere a la idea de creatividad, de transmisión, de explotación de los saberes o a unos significados más extensivos, lo cultural ocupa un

lugar creciente en las actividades económicas. Esta observación es válida para todas las industrias culturales. Se aplica también al diseño y a las técnicas de embalaje que anticipan sobre los esquemas culturales de los consumidores para captarlos. David Chaney (1994) propone asociar esta nueva pregnancia cultural a la noción de *cultural turn*: la cultura ha dejado de ser un componente extraordinario de la vida social para formar parte de la vida diaria. Si esta omnipresencia de la cultura se refiere a la definición antropológica de la cultura, el adjetivo cultural expresa una dimensión más reflexiva de la relación a la cultura así como una saturación de los objetos y comportamientos más prosaicos por unos elementos de cultura legítima. El diseño, la publicidad y su estetización de los actos de consumo más ordinarios constituyen unos buenos ejemplos de ello. Este giro cultural moviliza de manera creciente los recursos cognitivos y los saberes organizados, tanto en el Norte como en el Sur, entre los grupos integrados en la modernidad y sus modelos de consumo.

5. El aumento de las plazas y de los departamentos de *Cultural Studies*, la introducción de sus asignaturas en varias carreras explican una programación pedagógica regida por la audiencia, en la medida en que es capaz de atraer a numerosos estudiantes y de dar a los organismos de financiación la sensación de una formación que, más allá de la comunicación, esta vinculada a los nuevos empleos del sector terciario. En los hechos, esta oferta contiene lo mejor y lo peor, el verbalismo vacío y el rigor analítico, unas formaciones competitivas y unas formaciones *parking* que no favorecen la inserción laboral.

Las excepciones culturales

Las excepciones culturales plantean la cuestión de las disparidades al nivel mundial. Al éxito en América del Norte y Australia así como a su influencia en Asia del Sur-Este se opone su escasa recepción en Francia, en Alemania o en Europa central. A la desigual influencia de la lengua y de la cultura inglesa se añade el grado de inserción de los países concernidos en la globalización de los bienes culturales así como la estructuración del campo intelectual. Las estructuras del campo intelectual hacen referencia, entre otros, a la importancia de la configuración de los sistemas univer-

sitarios. Es preciso subrayar dos otros componentes de la organización académica. Los *Cultural Studies* parecen tener menos posibilidades de implantarse en un sistema académico que ya ha desarrollado sus propios marcos analíticos de la cultura y los objetos tratados por un sistema disciplinario de las ciencias sociales institucionalizadas no deja ningún espacio a esta interdisciplina.

Por el contrario, las secuencias de democratización repentina, como las provocadas por la caída de las dictaduras, crean espacios teóricos. El economista Gerschenkron ha subrayado los efectos dinámicos de las modernizaciones de los aparatos de producción en los países en vía de desarrollo, saltando a veces dos o tres generaciones de innovaciones para dotarse inmediatamente de las tecnologías más modernas sin tener que amortiguar las inversiones anteriores. El efecto Gerschenkron se observa en la penetración de los *Cultural Studies* en Asia del Sur-Este. Introducida por la diáspora de los profesores y estudiantes que han trabajado y estudiado en Estados Unidos, acumulan el prestigio de la última elegancia teórica, de un perfume subversivo y de una atención a un conjunto de temas puestos al orden del día por la modernización acelerada de estos países. Sin embargo, este modelo no funciona con los antiguos países del Este en los cuales la influencia de los Estudios Culturales sigue siendo reducida. Se puede pensar que en los países asiáticos bajo influencia americana y afectados por el *mainstream* de sus investigaciones desde 1950, los *Cultural Studies* permitan tomar cierta distancia con respecto a la investigación administrativa, mientras que el funcionalismo o el simple ejercicio libre de la encuesta cuantitativa representan una revolución intelectual en Rusia. A su vez, la primacía de las influencias intelectuales alemanas y francesas sobre las investigaciones anglófonas en el mundo académico europeo juega también su papel.

En el mapa de los flujos mundiales de importación y de exportación de las investigaciones sobre los procesos culturales, los países de América latina ocupan un lugar especial. La interrogación sobre las culturas populares y las identidades culturales en América latina se caracteriza por una rica memoria política. Consustancial a las luchas de emancipación contra la hegemonía cultural de Europa y posteriormente de Estados Unidos, esta interrogación ha atravesado numerosos proyectos de reformas y de revoluciones sociales que han plagado las historias particulares de las naciones que componen el subcontinente. Cuando, entre las dos guerras mundiales, el peruano José Carlos Mariátegui se preguntaba sobre la transición del modelo educativo de su país, heredado de la Ilustración, hacia

los métodos americanos, hace suya el concepto de hegemonía de Gramsci. Cuando el pedagogo brasileño Paulo Freire quiere poner en marcha, al inicio de los años 1960, una «pedagogía de los oprimidos», se refiere a los elementos de resistencia contenidos históricamente en las culturas. Bajo la presidencia de Salvador Allende, los primeros estudios etnográficos sobre la recepción de las series americanas y de las telenovelas en los sectores populares de Santiago de Chile, han abierto una brecha precoz en una izquierda incapaz de comprender la vida diaria de la cultura de los medios de comunicación¹².

La investigación latino-americana sobre las culturas populares contemporáneas se ha institucionalizado también en los años 1980, sin perder su creatividad. La aportación del hispano-colombiano Jesús Martín Barbero sobre las mediaciones y el placer popular (2003) es un buen ejemplo de ello. El argentino Nestor Garcia Canclini trabaja, por su parte, sobre la hibridación cultural, la desterritorialización y las comunidades de consumidores, y el brasileño Renato Ortiz estudia la tradición moderna y la globalización del internacional popular; sin olvidar la contribución del mejicano Jorge González sobre los frentes de la cultura cotidiana. Inicialmente, los cuatro han elaborado su marco teórico propio apropiándose las teorías y los conceptos de proveniencia europea, especialmente británica. Han hecho dialogar estas referencias con aquellas que vienen de América latina. Además de estos cuatro autores, una amplia corriente de investigaciones sobre la recepción ha visto la luz, particularmente sobre las telenovelas¹³ y las megalópolis¹⁴.

Pero, a la diferencia de los *Cultural Studies* británicos inaugurados por unos investigadores provenientes de la izquierda en búsqueda de un modelo alternativo de cambio social, los Estudios Culturales se han estructurado en una América latina sometida todavía a la opresión de los regimenes autoritarios. Este periodo se ha traducido por el exilio de numerosos intelectuales y la censura que aparece en los objetos estudiados. Abordar el consumo o la identidad es menos arriesgado que analizar las estructuras de poder, los movimientos sociales y el control de los medios

¹² Mattelart, M., Piccini, M. (1974). «La televisión y los sectores populares», Buenos Aires, *Comunicacion y cultura*, n.º 2.

¹³ Orozco, M. (1996). *Miradas latinoamericanas a la television*. Mexico, Universidad Iberoamericana.

¹⁴ Reguillo, R. (1997). «El Oraculo en la ciudad: creencias practicas y geografias simbolicas», Lima, *Dia-Logos*, n.º 49.

de comunicación. Las políticas neoliberales de estabilización macro-económica y de ajuste estructural en un subcontinente que se ha convertido en el laboratorio de las instituciones financieras globales han consolidado la tendencia a abstraerse de la acción pública.

En el mundo en el cual Internet ha nacido de la creencia de la comunicación científica sobre el advenimiento de la fluidez y de la transparencia en los intercambios, existen unas relaciones de fuerza que condicionan los intercambios y las modalidades de acceso de las diferentes visiones del mundo a la esfera de la ciencia global. La atención prestada a la génesis y a las especificidades de las contribuciones latino-americanas permite dar una ilustración y ver proceder la fuerza de atracción de la teoría metropolitana norte-americana. Porque si el mundo universitario estadounidense ha conseguido constituirse como relevo y segunda patria de los *Cultural Studies* durante los años 1990, la relación de fuerzas que mantiene con los Estudios Culturales latino-americanos es más desequilibrada. Los Estudios Culturales han sido naturalizados bajo el label *Latino American Cultural Studies*, considerados como una rama del saber anglosajón por unos universitarios americanos que trabajan en América latina. No obstante, hasta entonces, los investigadores latino americanos no han sentido la necesidad de reunir bajo una misma apelación la diversidad de sus estudios. Si algunos se enorgullecen de este ascenso, otros critican este calificativo.

Los departamentos de literatura ibero-americana o de lengua española y portuguesa de las universidades americanas son los centros de difusión de los *Latino American Cultural Studies*. Varios colecciones de libros y de revistas ha hecho suya esta denominación. El lugar central que ocupan las universidades y las fundaciones educativas estadounidenses en la acreditación de estos estudios resulta de que son las únicas en poder ofrecer perspectivas de carrera a numerosos investigadores latino americanos y a financiar unos proyectos de cooperación intracontinentales, lo que autorizan cada vez menos las economías en crisis del subcontinente. Estos vínculos renovados de la dependencia son otros tantos desafíos a los que se enfrentan tanto los que se quedan en casa, los que se expatrian, como los que comparten su tiempo entre ambas partes del continente. La legitimación por la comunidad académica mundial supone romper con sus sociedades de origen y olvidar la ubicación geocultural de sus estudios. Corren el riesgo de neutralizar cualquier efecto social posible de sus investigaciones sobre sus sociedades de origen o de traducir-traicionar el sentido de los estudios elaborados desde América latina durante su impor-

tación por los centros universitarios de Estados Unidos¹⁵. El panorama se complica con la obsesión de los imperativos de seguridad nacional. Desde el 11 de septiembre de 2001, las diásporas críticas se ven condenadas a interiorizar la auto-censura.

La expansión temática

La expansión de los *Cultural Studies* no es solamente espacial, sino también temática. La dinámica de la investigación ha provocado la integración de nuevos objetos: etnicidad, género, comportamientos sexuales, generaciones. La sensibilidad creciente acerca de esta diversidad de los rasgos sociales de los individuos ha conducido a preguntarse sobre las identidades y las subjetividades. Los años 1980 han constituido el punto inicial de una doble expansión de los objetos y de las referencias teóricas. Consultar hoy en día un manual o libro colectivo sugiere la metáfora de una bola de nieve que se transforma en avalancha. Así, la editorial Routledge ha publicado numerosas obras sobre la etnicidad, el racismo, el postcolonialismo así como sobre el arte, la literatura, los museos, la memoria social o las modas, los tabúes y la sexualidad. El catálogo incluye todavía libros que abordan el periodismo, las identidades o la geografía cultural. En algunos manuales¹⁶, se dedican capítulos al lenguaje, a las políticas culturales o a la ciudad.

A pesar de que la mayoría de estos objetos ha sido estudiada, aunque sea parcialmente, por los investigadores de Birmingham, las evoluciones superan las continuidades, como mínimo bajo tres formas. La primera es demográfica, ya que no se pueden comparar las pistas de investigación de un o dos doctorandos en las columnas de un *working paper* con el estudio sistemático de ciertos campos por decenas de investigadores en un flujo editorial de numerosos volúmenes. Esta potenciación genera unas micro comunidades de investigadores que constituyen una segunda innovación. La otra ruptura se refiere a la lógica anexionista de los *Cultural Studies*. Su génesis está marcada por el estudio de los objetos apartados y despreciados. Su expansión recae en una reivindicación antidisciplinar que se traduce por una desaparición generalizada de las fronteras entre los *Cultural*

¹⁵ Kaliman, K.J. (2000). «Sobre la definición de lo interesante en los estudios culturales latinoamericanos», Barcelona-Buenos Aires, *Voces y Culturas*, n.º 16.

¹⁶ Lewis, J. (2002). *Cultural Studies. The Basics*. London, Routledge.

Studies y los demás trabajos sobre los medios de comunicación, el género o la estructuración del espacio. Este rechazo de las barreras disciplinares permite a los autores que se reclaman de los Estudios Culturales abordar cualquier tema de las ciencias humanas y sociales.

La principal ambigüedad de esta amplia exploración estriba en la producción de un discurso desde las alturas. La inflación de las revistas, que crea mecánicamente un espacio para la publicación de un número creciente de artículos, no favorece un fortalecimiento del control científico. Más allá de un enfoque de todos los hechos sociales dominado por lo cultural, la evolución del sector se ve marcada por la movilización creciente de autores y de referencias que permiten reivindicar posturas de altura y de profundidad teórica. Esta multiplicación se produce sobre todo a favor de las filosofías y de los autores considerados como postmodernos. Se acompaña a menudo por una purga notable de cualquier contribución de índole histórico, geopolítico o económico de los medios de comunicación y de la cultura y por una marginación explícita del rol y de las referencias asociadas a los padres fundadores, hasta tal punto que la antigua herencia compartida se limita a algunos nombres: Barthes, Hall, Hebdige, Morley y Williams.

La ruptura del compromiso de los investigadores

La evolución de los *Cultural Studies* desde los años 1980 no puede disociarse de un proceso de despolitización. Hasta entonces, la génesis de esta corriente era inseparable en el Reino Unido de la nueva izquierda y de una voluntad de vincular las cuestiones existenciales con los retos científicos. No obstante, una parte importante de la red, que federaba los intelectuales de la izquierda británica y les daba unos puntos de encuentro con los movimientos sociales y el entorno popular, se ha deshecho. La crisis del movimiento sindical, los ataques de los gobiernos conservadores contra las políticas de intervención cultural y de formación continua y las dificultades para estructurar los componentes de la izquierda laborista se han conjugado para hacer desaparecer las articulaciones entre los investigadores y los movimientos sociales¹⁷. La

¹⁷ Mellor, A., «Discipline and Punish? Cultural Studies at the Crossroads», *Media, Culture and Society*, vol. 14, pp. 663-670.

desaparición de la revista *Marxism Today* en 1991 aparece como un síntoma del desmoronamiento de esta conexión. Durante el mismo periodo, la sensación de impotencia y a veces de incompreensión ante los éxitos sucesivos de los conservadores alimenta una distancia hacia la política, fortalecida en los años 1990 por la llegada a la cabeza del partido laborista de Tony Blair que orienta el *New Labor* hacia el centro. La desaparición o la jubilación de los padres fundadores, excepto Hall, contribuyen todavía más a convertir los herederos de los *Cultural Studies* en huérfanos del compromiso.

Si confiere una seguridad y una legitimidad no desdeñables, la institucionalización de los departamentos británicos de *Cultural Studies* contribuye asimismo, reduciendo la marginación de sus investigadores, a abrir la posibilidad de una domesticación de los heréticos por las instituciones en los que ocupan plazas y disponen de créditos y de poder. Los investigadores son plenamente conscientes de esta ruptura del compromiso y de esta despolitización. Así, Ang subraya el riesgo de una postura demasiado académica. El malestar provocado por dicha despolitización alimenta las tendencias populistas dotando los consumidores de productos culturales de una reflexividad soberana que convierte el trabajo crítico en superfluo. Otra variante de la gestión populista de la ruptura del compromiso se expresa en un tercermundismo que busca en el Sur el equivalente de la clase obrera en el Norte. Privilegia las problemáticas de hegemonía, de resistencia y de conflicto de clases. El estatus dado, a partir del final de los años 1980, al tercer mundo, y, especialmente, a América latina, puede ilustrar la ambigüedad de una forma de reconocimiento de los teóricos latino-americanos intronizados en el club de los *Cultural Studies* como guardianes de las viejas problemáticas y de los viejos combates. Esta solicitud simplista del mundo latinoamericano es paradójica puesto que descuida las contradicciones y las ambigüedades que afectan los Estudios Culturales latinoamericanos y despiertan intensos debates entre los investigadores¹⁸.

La ruptura del compromiso de los investigadores no se reduce a una sola elección. Refleja también la posición de los intelectuales en unos países en los cuales nunca han alcanzado el magisterio moral o el fracaso en el espacio público conquistado por sus homólogos españoles o

¹⁸ Guinsberg, E. (2001). «Los estudios e investigaciones en comunicación en nuestros tiempos neoliberales y postmodernos», *Anuario de la investigación de la comunicación 2000*, Mexico, CONEICC.

latino americanos en el punto de inflexión del siglo xx. En cuanto a los intelectuales críticos americanos, su situación es más incómoda aún desde la revolución conservadora reaganiana. Las estructuras organizacionales, las utopías e ideologías del movimiento en los años 1960-1970 pertenecen al pasado, mientras que el liberalismo económico y el conservadurismo moral y moral triunfan. Las lógicas de rentabilidad a corto plazo se imponen hasta en el funcionamiento de las instituciones y de las editoriales universitarias así como en el acceso al espacio mediático. En estas condiciones, el éxito del teorismo, la solicitud de conceptos y de autores dotados de un gran poder de relativizarlo y desconstruirlo todo, la fascinación por los simulacros, la reducción del mundo social a un caleidoscopio de textos y de discursos, expresan un humor intelectual que tiene un sentido profundamente político. Según Gellner, los universitarios críticos americanos compensan su impotencia temporal por la construcción de una jauja filosófica. Wacquant demuestra también que el radicalismo de los campus es un modo de gestionar la impotencia política.

En este sentido, el asunto Sokal-*Social Text* aparece más como un revelador que como un suceso académico. Esta revista es ciertamente más representativa de los últimos avatares teóricos del postmodernismo filosófico y literario de los *Cultural Studies*. La impostura de la que ha sido la víctima cómplice no aparece como inexplicable si se toma en consideración la definición de la antidisciplina de los Estudios Culturales reivindicados por Guinsberg. El problema es que una amplia mayoría de los partidarios de la vanguardia de los *Cultural Studies* ha querido acumular en su trabajo intelectual las posturas de prestigio del científico y del político, de las ciencias sociales y de las humanidades, de la investigación y de la creación artística.

La crisis inminente

La evolución de las Bolsas desde los años 1990 sugiere una serie de analogías con la trayectoria de los *Cultural Studies* con la burbuja especulativa, la desconexión entre unos títulos sobrevalorados y la escasa creación de valor, la invasión del mercado por *junk bonds* y los títulos financieros sin real valor. Una de las evoluciones más manifiestas, que aparece en la revista *Theory, Culture and Society*, es su deriva exegetica. Aproximándose a la filosofía y confiriendo un lugar creciente al co-

mentario de obras filosóficas, buena parte de la producción consiste en un trabajo de glosa sobre unos autores y conceptos cada vez más desconectados de cualquier campo preciso. El fenómeno se observa hasta en unas investigaciones que se prevalecen del enfrentamiento con un objeto empírico. Hoy en día, es posible publicar un libro sobre las prácticas *de shopping* y de consumo que contiene un solo dato estadístico y cuya parte esencial se fundamenta en la experiencia personal de sus autores como compradores u observadores en las grandes tiendas¹⁹. La relación impertinente con la realidad empírica se combina a menudo con a una reivindicación ostentosa de altura de miras y de profundidad que expresa la acumulación de referencias bibliográficas. La noción de *French Theory* simboliza esta tendencia. Este término invita a considerar como un conjunto homogéneo unos autores conocidos y reconocidos del mundo intelectual galo, tales como Bourdieu, Derrida, Foucault o Ricoeur. No se presta ninguna atención a las incompatibilidades teóricas entre autores cuyo único punto en común es ser franceses y pertenecer a las ciencias sociales y humanas.

Morley da cuenta de otros efectos perversos de la internacionalización. ¿Qué sentido tiene para un norte americano o un coreano, que jamás ha visto la televisión inglesa, el programa *Nationwide*? Nada en cuanto a la forma, a la estructuración y al contenido del programa. En este sentido, existe un vínculo entre una internacionalización mal contextualizada de los textos y un teoricismo: «unos niveles más elevados de abstracción pueden ser vendidos en un marco nacional específico. Por lo cual, tienden simultáneamente hacia niveles más elevados de beneficio para el editor y a una fama ampliada para el teórico. En resumen, la teoría viaja lo mejor»²⁰.

Estas evoluciones no son propias de los *Cultural Studies*. Se inscriben en lo que ha sido identificado como el *linguistic turn* de las ciencias sociales y de la filosofía. Esta inflexión de las investigaciones subraya el papel del lenguaje como mediador de cualquier descripción de la acción sobre el mundo social. Ha podido estimular la atención acerca de las dimensiones y de los efectos del poder simbólico así como revalorizar el tema barthesiano de la presencia de la ideología en las formas, de la ten-

¹⁹ Shields, R. (1992). *Lifestyle Shopping. The subject of consumption*. London, Routledge.

²⁰ Morley, R. (1992). *Television Audiences and Cultural Studies*. London, Routledge, p. 3.

sión necesaria para el discurso silencioso de los flujos simbólicos en el cual se encuentran sumergidas. Este momento lingüístico tiende más aún a reducir todo lo social al estatus de un texto que se encuentra a la espera de unos análisis lo suficientemente sutiles como para descodificarlos. Oculta las realidades económicas, las relaciones de fuerzas directas y los hechos de morfología social. Ha estimulado una forma nihilista-elegante de relativismo: puesto que todo es discurso, las nociones de ciencia y de demostración no sabrían ser solamente construcciones sociolingüísticas: solo pueden aspirar a una ruptura hacia la opinión o las valoraciones. ¿Cómo comprender que los *Cultural Studies* hayan sido influenciados hasta tal punto por el giro lingüístico? Su posición inter o antidisciplinaria debe ser tomada en consideración, puesto que ha constituido un vector de creatividad innegable. En el contexto del *Big Bang* teórico, conduce a que una comunidad cuyo peso demográfico crece se encuentre sin un marco y sin unas referencias compartidas

La crisis de los *Cultural Studies* es también la consecuencia de su desarrollo demográfico. Se ha producido gracias a la integración de investigadores provenientes de las disciplinas literarias y de humanidades, más predispuestos a las exégesis textuales que a las investigaciones de campo o al razonamiento sociológico. Pasar de unos pocos investigadores concentrados en algunas universidades británicas a varios miles de especialistas repartidos en todo el planeta genera fenómenos de fragmentación. Así, a lo largo del tiempo se organizan micro-comunidades y se lanzan revistas sobre objetos cada vez más específicos. Estas evoluciones ofrecen a los especialistas unos espacios de encuentro y de debate. El riesgo es el de un efecto Babel. Cada micro comunidad se encierra en su *ghetto* universitario, restringe sus intercambios con los demás y constituye su propio corpus de textos. Si en los años 1970 los objetos de estudio eran diversos, existían conceptos comunes e interrogaciones compartidas que permitían una comunicación, una acumulación del saber y una teoría global de la cultura y de la sociedad.

Para escapar a una inexorable depreciación, los *Cultural Studies* deben volver a las cuestiones que se planteaban en los años 1970: ¿Donde se encuentran hoy en día las conexiones interdisciplinarias productivas? O ¿De qué forma el compromiso puede ser un motor o una amenaza para el trabajo intelectual? Deben igualmente hacer frente a nuevos desafíos: la gestión de los riesgos vinculados a una institucionalización exitosa o la interrogación sobre lo que ha cambiado en la economía y en el estatus de la cultura.

Las condiciones de la renovación

El estado de los *Cultural Studies* suscita una serie de interrogantes. No obstante, el flujo constante y la deriva textualista no debe ocultar el real dinamismo de las investigaciones más innovadoras. Contribuyen al conocimiento de las culturas contemporáneas, precisan los efectos de las variables de género o de pertenencia comunitaria y subrayan la complejidad de los mecanismos de recepción. Asimismo, permiten una mejor comprensión de la cultura en la era global y llevan una reflexión a propósito de la articulación entre lo local y lo global. Los grandes retos y los pequeños objetos pueden dar un fundamento científico sólido al análisis de lo cultural. Algunos trabajos recientes sobre los territorios y las diásporas han creado vínculos inéditos entre las disciplinas.

Los legados de los años de expansión

Marjorie Ferguson (1997) evalúa en 300 los libros de *Cultural Studies* publicados durante los años 1990. La multiplicación de las revistas de género sugiere un número 10 a 20 veces superior de artículos. La impresión que sugiere este paisaje es la de un distanciamiento creciente entre la cantidad de textos y la rareza de las contribuciones que constituyen puntos de referencia duraderos. En su análisis de las revoluciones científicas, Thomas Khun propone la noción de «ciencia normal» para designar los momentos en los cuales una disciplina científica vive sobre un conjunto compartido de marcos interpretativos y de cuestionamientos que asocia a la noción de paradigma. Estos periodos están marcados a menudo por ley del rendimiento decreciente. Los campos y las cuestiones que un momento de ruptura ha permitido identificar y de aclarar de otra forma acaban gradualmente por librar todos los instrumentos que necesita el paradigma solicitado. Después de los avances iniciales, estos periodos pueden ser ricos en profundizaciones, aunque sean poco creativos.

Esta descripción se aplica a los *Cultural Studies* de los años 1990 tal y como lo ilustran Marjorie Ferguson y Peter Golding (1997). La cuarta parte de los títulos disponibles en el catálogo de los principales editores anglófonos la constituyen unos balances o síntesis, es decir unos libros que se preguntan sobre el estado de la disciplina, tanto desde el punto de vista crítico como haciendo un llamamiento a aumentar las evoluciones, valorizando a menudo el universo de las teorías postmodernas, colonia-

les y estructuralistas. El lugar creciente de estos libros y coloquios que realizan un balance ha abierto un espacio de debate. Los libros inspirados por una mirada genealógica²¹ o por unas lecturas críticas²² ilustran una reflexión estimulante. Pero, la multitud de balances provisionales sugiere el embalsamiento hagiográfico, la tendencia al narcisismo y el rumiamiento de unos debates más abstractos que teóricos. Por lo tanto, la investigación anglófona sobre lo cultural conoce un cierto apisonamiento. Pero, si las grandes obras nacidas de una articulación exitosa de la encesta y de la teorización se enrarecen, la aportación de estos años no es inexistente.

Si no se trata de la obra exclusiva de los especialistas en *Cultural Studies*, el trabajo sobre la recepción goza de cierto dinamismo. Le debemos uno de los grandes libros de este periodo, *Reading the Romance* que la americana Janice Radway consagra a las lectoras de novelas sentimentales. Se reclama explícitamente de Birmingham y de la aportación de investigadores como Brunson, Hobson y McRobbie. Se inspira a la vez de las interrogaciones sobre los impactos ideológicos de los bienes culturales, del enfoque etnográfico y sobre todo presta una gran atención a las propiedades formales de los relatos y a sus matrices narrativas. Una de las principales contribuciones de este trabajo consiste en poner de manifiesto las polaridades contradictorias de estas lecturas y el espacio de las percepciones posibles. Poniendo a menudo en escena unos roles masculinos y femeninos convencionales, que dejan un lugar a la figura del príncipe azul, estas novelas participan a la reproducción de las relaciones sociales tradicionales entre hombres y mujeres. Porque su lectura es vivida frecuentemente como una suspensión o un ahorro de tiempo frente a las rutinas domésticas, porque los relatos son también apropiables como el reconocimiento de cualidades emocionales o relacionales femeninas, como otros modelos en los cuales unas mujeres consiguen domesticar lo masculino, estas novelas de amor funcionan también como instrumentos de valoración identitaria. Pueden empoderar estas lectoras en el distanciamiento hacia los valores patriarcales.

Interrogando un conjunto de lectoras sobre las novelas que les gustan y las que les decepcionan, Radway pone igualmente de manifiesto la delicadeza de la competencia de las lectoras asiduas en el dominio práctico de los códigos de género, su capacidad reflexiva ante los convenios, la

²¹ Brantlinger, P. (1990). *Crusoe's Footprints, Cultural Studies in Britain and America*. London, Routledge.

²² Morley, R. (1992). *Television Audiences and Cultural Studies*. London, Routledge.

agudeza de su lectura que permite por ejemplo a las más expertas identificar unos autores hombres que publican bajo pseudónimos femeninos. Raramente un trabajo sobre la recepción ha dado cuenta tan finamente, sin gargarismos ni populismos, del contenido de la idea de competencia del receptor. Incluso si la variable de género evacua la toma en consideración de las diferencias sociales, el estudio articula perfectamente las propiedades más formales del texto y las modalidades de las recepciones. Las conclusiones de Radway son prudentes, hasta renunciar a cualquier evaluación medible de los efectos ideológicos de estos relatos. No obstante, subrayan dos puntos: estas novelas no son reducibles ni a una empresa de alienación de las mujeres, ni a unas formas irrisorias o mecánicas de producciones culturales. El uso efectivo que hacen de ello las mujeres puede ser el de las «micro-declaraciones de independencia» en cuanto a su relación con el tiempo doméstico, a la valorización de sus capacidades y a los convenios patriarcales.

El avance de los trabajos sobre la recepción se ha materializado en la sensibilidad de los análisis ante un número creciente de materiales y de parámetros, gracias especialmente a los investigadores escandinavos. El sueco Peter Dahlgren (1988) utiliza las conversaciones sobre la televisión como soporte de sus investigaciones. El noruego Jostein Gripsrud (1995) hace el vínculo entre lo micro y lo macro preguntándose a la vez sobre la recepción de la serie *Dinasty* y sobre el dispositivo de su producción que intenta maximizar las audiencias, anticipando los gustos de los receptores a través de los formatos. El danés Kim Christian Schoder (2000) propone, a partir de un trabajo sobre los pequeños grupos de receptores, combinar seis criterios para avanzar hacia una comprensión más rica de las dimensiones complejas de la idea de recepción. La motivación designa el grado de apetito y de atracción a la hora de consumir un texto o un programa. La comprensión mide la correspondencia entre el sentido codificado y el sentido percibido. La noción de discriminación introduce un parámetro relativo a la familiaridad de los receptores con las gramáticas propias de un medio y los juegos de intertextualidad que puede movilizar. El posicionamiento se interesa por el grado de consentimiento del receptor del mensaje tal y como lo ha percibido y completa una noción de evaluación que busca comprender las significaciones de este posicionamiento, puesto que la molestia ante una serie o un programa puede nacer de razones contradictorias. Asimismo, la realización busca explorar la existencia de efectos y de influencias de una recepción sobre los comportamientos y actitudes.

Desde los años 1980, un amplio campo de estudios se ha constituido alrededor de las culturas postcoloniales. Desplazan la mirada de la «racionalidad de la razón» hacia otro nivel de racionalidad, la de las acciones afectivas, de las emociones y de las sensibilidades. Contribuyen a sustraer las visiones del mundo a la influencia del universalismo del *logos* occidental. Este descentramiento se ha compaginado con la rehabilitación de las sensibilidades indisociables de los lugares y de las situaciones neoculturales en los que se produce la tensión entre lo nacional y la esfera transnacional. Esta puesta en escena del efectivo ha conducido los enfoques de la diversidad cultural a preguntarse sobre los lazos entre la identificación neocultural y el pensamiento teórico, la producción y la transformación de los conocimientos. Ha permitido contextualizar el potente deseo que se siente en numerosos países del Sur de construir unas maneras de pensar más capaces de dar cuenta de las realidades propias. Este posicionamiento se refiere a la crítica de la asimetría de los intercambios. Descuidada por los trabajos sobre la cultura de masas, la historia ha vuelto a través de los estudios culturales en el ámbito de la literatura que se han opuesto al *mainstream* para abordar la construcción de la condición subalterna al nivel mundial. Una nueva generación de investigadores ha emprendido cuestionar los imaginarios oficiales de las identidades e historias nacionales²³.

Estos estudios postcoloniales se han desarrollado a partir de las cuestiones presentes en las últimas grandes selecciones del CCCS (1982). Basándose en los escritos de Martin Luther King y de Franz Fanon sobre los «Damnificados de la tierra», Paul Gilroy en *There Ain't no Black in the Union Jack* (1987) reacciona ante el riesgo de un etnocentrismo de los trabajos sobre la cultura. Después de otros investigadores negros británicos²⁴, explora los estilos de vida y las creaciones artísticas de las comunidades negras y asiáticas del Reino Unido. *Black Atlantic*²⁵ exhuma la historia secular y reprimida de las circulaciones humanas, de los mestizajes culturales, de las obras producidas por creadores negros en un espacio migratorio que conecta África, el Caribe, América del Norte y Europa. Ello subraya la importancia de una diáspora negra y de las influencias cultura-

²³ Beverley, J. (1999). *Subalternity and Representation*. Durham and London, Duke University Press.

²⁴ Mercer, K. (1994). *Welcome to the Jungle*. London, Routledge.

²⁵ Gilroy, P. (1993). *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*. London, Verso.

les que ejerce. Gilroy discute también los presupuestos y las rutinas moralizadoras de numerosos discursos antirracistas. Subraya sobre todo la metamorfosis del racismo del finales de siglo, rechazando cualquier idea de jerarquía biológica o genética entre los grupos para introducirla de nuevo bajo el reconocimiento positivo de las diferencias culturales que no tardan en convertirse en jerarquías de las creatividades y en obstáculos irremediables a la hora de vivir juntos. Estos trabajos se preguntan de nuevo sobre la pluralización de las identidades y la coherencia identitaria de los individuos y grupos.

Las mitologías en la globalización

Ante la complejidad del planeta, los *Cultural Studies* han relevado los desafíos de lo transnacional produciendo una multitud de meta-discursos y utilizando metáforas en detrimento de la elaboración de una teoría capaz de dar cuenta de esta complejidad. Encerrados en las coacciones del corto plazo, sin otro horizonte que la descodificación del presente en el cual todo parece decidirse, los *Cultural Studies* se han alejado de la interrogación sobre el sentido del orden social y productivo en gestación a escala mundial. Sobre el terreno, la concepción del espacio comunicativo mundial reviste una dimensión estratégica. El paso a la velocidad superior de la internacionalización de los medios de comunicación les ha ofrecido unos nuevos objetos de investigación además de permitirles extender su imperio al nivel mundial. Su internalización debe mucho a unos trabajos sobre las series *Dallas* o *Dynasty*.

Al final del siglo xx, los *Cultural Studies* se han convertido en la referencia obligada de la Unesco al que han confiado en 1946 la responsabilidad de obrar a favor de la educación, la ciencia y la cultura. En su *Informe sobre la cultura* del año 2000, sus autores se reclaman «del análisis cultural, una nueva óptica de investigación elaborada esencialmente en la Universidad de Birmingham, y de los estudios étnicos llevados a cabo en Estados Unidos así como en otros países». Su contribución estriba, según esta publicación, en la percepción de la cultura como «lugar de contestación y de negociación», abriendo la vía a una nueva mirada política. La paradoja es que, desde los años 1980, las competencias de la Unesco, su peso en la toma de decisión en materia cultural no ha dejado de reducirse para el provecho de instituciones comerciales o técnicas como la OMC o la Unión Internacional de las Telecomunicaciones.

Caracterizar el espacio mundial no es tarea fácil. En la travesía de las fronteras realizada por los *Cultural Studies*, ha aparecido un nuevo punto de encuentro: la globalización. La literatura anglosajona habla, además, irónicamente de *globaloney* o «globalería» para hablar de la manera según la cual este debate esencial degenera en figura obligada de un meta-discurso vanguardista. Los últimos libros de Anthony Giddens, su penetración en varios países y su influencia sobre los Estudios Culturales, constituyen una muestra de esta tendencia. El éxito de esta sociología se explica en cierta medida porque responde a una moda y por su accesibilidad. Es sintomático que estos modelos teóricos desemboquen sobre un peritaje gubernamental y una orientación ideológica de ciertos partidos y políticos. Hoy en día, casi todo es global y se sustituye a las nociones de universal, internacional, cosmopolita, mundial, planetario o transnacional.

Con la generalización de los procesos de desregulación, los *Cultural Studies* se han apropiado el léxico de lo global sin realizar el menor inventario, interrogación o sospecha sobre la ambivalencia y las ambigüedades de un anglicismo que va a extenderse rápidamente hacia las lenguas del mundo entero. Se trata de algo sorprendente para una tradición intelectual que ha convertido el análisis del discurso en su especialidad. Matrice de una serie de fetiches, la globalización presenta un decorado sin profundidad sociológica. Nos encontramos ante una nueva paradoja puesto que las principales figuras de los Estudios Culturales imparten sus clases cerca del enunciado de este lenguaje. Se trata de las redes de la geo-finanza que constituye el emblema de un mercado global totalmente fluido después del *Bing Bang* bursátil de la *City* londinense en 1984. Es cuestión igualmente de las redes publicitarias auto bautizadas globales. *Saatchi and Saatchi* es el perfecto ejemplo, ya que, además de gestionar las campañas electorales de Margaret Thatcher y la publicidad institucional de su gobierno, populariza, gracias a la ayuda de unos asesores provenientes de la Harvard Business School y de la revista del mismo nombre, una doctrina sobre la «cultura global» y la *global democratic marketplace* dirigida al público y con vistas a convencer la Bolsa y los accionistas de los fondos de pensiones sobre la pertinencia de su estrategia de concentración y de diversificación a escala global.

El lenguaje académico ha resultado ser permeable a las formulas y a los estereotipos de las técnicas de gestión. La jerga globalizante se ha compaginado con la apropiación de la palabra «globalización» que pretende dar cuenta de la dialéctica entre la fragmentación y la globalización. No obstante, esta palabra proviene de las teorías japonesas de la gestión

postfordista. Ha sido puesta en servicio inicialmente por los expertos del *marketing* para designar la segmentación de los públicos a los que se dirige el mensaje o el corte de grandes segmentos transfronterizos de las «comunidades de consumidores» que reúnen los mismos socioestilos y los mismos modelos de consumo.

Una de las principales paradojas de la evolución vanguardista de los *Cultural Studies* estriba en las convergencias entre sus problemáticas y la de los «evangélicos del mercado» y de los *think tanks* neo-liberales, tales como el Adam Smith Institute en Inglaterra²⁶. Estas instituciones, cuyo objeto es desarrollar una reflexión capaz de influenciar las políticas públicas, han obrado explícitamente a favor del éxito de la sociedad prometida por la revolución conservadora, es decir un nuevo orden en el cual el mercado se convierte en el árbitro esencial de todas las transacciones. La fascinación de los *Cultural Studies* por la figura del consumidor ha relegado a un segundo plano la del ciudadano. Esta deriva ha levantado los obstáculos que impedían el libre flujo entre la oferta de los conocimientos científicos y la demanda de los gestores de la *global democratic marketplace*. La radicalidad teórica no ha preservado los Estudios Culturales ante la solicitud de las agencias de publicidad, de los empresarios y de las administraciones que se hallan a la búsqueda de nuevos mercados y audiencias. La doctrina libre-mercadista de la «soberanía absoluta del consumidor» se ha reconocido en el perfil de un telespectador convertido en autónomo gracias a su poder intangible de determinar el sentido de los programas. En cuanto a la problemática de la producción de las identidades, ha desbordado la cuestión de la nación, del género y de la etnia para invertir el peritaje en materia de cultura empresarial y de *ethos* de las grandes organizaciones.

La marginación del ciudadano por el consumidor se ha realizado en detrimento de la interrogación sobre los actores de la producción, del mercado, del Estado y la descomposición/recomposición del Estado-nación, así como sobre el nuevo estatus del consumo, cada vez más integrado en las matrices industriales del post-fordismo. El consumo se convierte él mismo en producción de información sobre el productor. La puesta de manifiesto de la sociedad civil expresa también esta necesidad de una caja negra que esconde una falta de problematización. Mistificada como espacio liberado de la diversidad y de la pluralización de las identidades

²⁶ Dixon, K. (1998). *Les Evangélistes du marché. Les intellectuels britanniques et le néolibéralisme*. Paris, Raisons d'agir.

fragmentadas, esta sociedad civil aparece como la antítesis del Estado-nación-Leviathan en vía de extinción. Este culto de la sociedad civil²⁷ deslegitima el principio mismo de las políticas públicas voluntaristas y el proyecto de reformulación de las políticas culturales y de comunicación al nivel nacional e internacional. La desaparición de las resistencias sobre el acto de consumir y la celebración ingenua de la sociedad de la información dejan en la penumbra el análisis de los grupos económicos, las profesiones y los actores, cuyas interacciones modifican los usos y las arquitecturas de las tecnologías de la información y de la comunicación.

Otra paradoja de los *Cultural Studies* es que su expansión hacia unos objetos de una extrema variedad se ha acompañado de una atención decreciente ante las problemáticas centrales de los procesos de producción de los bienes culturales: industrias culturales, políticas públicas en la materia, sociología del trabajo de los mundos de la cultura, peso de la historia. La mejora del conocimiento nace de la atención ante componentes muy diversos de la mosaica de lo cultural que tiene como contrapartida la obsesión del pequeño objeto, de la banalidad, de las pequeñas historias en la amnesia de los mecanismos sociales que presiden a su producción. La cultura es también el objeto de políticas públicas. No obstante, si existen trabajos sobre este tema, han sido realizados por la ciencia política, la sociología de la cultura o las ciencias de la comunicación, mientras que los Estudios Culturales han sido poco productivos en esta materia, hasta tal punto que buscamos vanamente una obra de referencia en su bibliografía. La discreción de los *Cultural Studies* es también observable en la sociología del trabajo cultural: análisis morfológicos de los productores culturales, nacimiento y recomposición de las profesiones, modalidades de la división del trabajo. Combinando una encuesta sobre las carreras formativas, el reparto de los roles entre hombres y mujeres, numerosas entrevistas con profesionales, un análisis de las tensiones entre creatividad artística e imperativos comerciales, el trabajo de Angela McRobbie (1998) sobre el mundo social de los creadores y empresas de moda británicas constituye una excepción notable.

El proyecto de historia social ha sido igualmente olvidado. A pesar de las contribuciones como la de Gilroy (1993), los *Cultural Studies* sola han podido considerar el doble movimiento de unificación de un mundo y de

²⁷ Milliband, R. Panich, L. (1990). *The Retreat of the Intellectuals*. London, Merlin Press.

heterogeneidad cultural como remontándose poco mucho a una o dos décadas. Sin embargo, se trata de un proceso inscrito en la larga duración del desarrollo capitalista, que, a través de las asimetrías, supervivencias, diversiones y regresiones, se construye tanto en los imaginarios como en las realidades desde que los europeos han conquistado en mundo con la conquista de las Américas, inicio del proyecto universalista de la modernidad occidental²⁸. Asimismo, los pioneros de las ciencias sociales como fueron Durkheim, Mauss, Tarde y posteriormente Elias ponían ya de manifiesto la globalización de los intercambios materiales y simbólicos así como la diversidad de las culturas.

La acusación vertida por el postmodernismo al «pecado historiográfico de la modernidad» corea las percepciones a-históricas y utópicas del momento presente. Reducido a un lenguaje, una representación, una narración de la inmediatez, la historia se aplasta al provecho de micro-objetos y de pequeñas historias que no se quieren jerarquizar e integrar en un discurso de conjunto. A semejanza de las demás categorías postmodernas de trivial, débil y ligero, que valen también para el concepto, la conducta y la elección de los objetos de la observación empírica, lo pequeño invita a dejar los argumentos importantes en las manos del macro-sujeto autoritario. Decretando el final de las categorías abstractas y de los esquemas interpretativos dualistas, los instrumentos conceptuales postmodernos han reprimido de su horizonte etnocéntrico la visión del planeta y de su historia como sistema barroco. Un planeta en el cual las lógicas asimétricas hacen que coexistan y se interpreten las formas antiguas de opresión, de humillación y de explotación y las nuevas formas de hegemonía y de control social en la era numérica, las supervivencias de formas clásicas de reivindicación y de rebelión contra los poderes y las dinámicas novadoras de la desobediencia civil en la era de los movimientos sociales y de sus movilizaciones reticulares.

Explorar nuevas interdisciplinaridades

Las dimensiones culturales del desarraigo y de la movilidad espacial vinculadas a la inmigración o a una fragmentación creciente de los espacios de vida constituyen probablemente uno de los ámbitos de invento y

²⁸ Mattelart, A. (1999). *Histoire de l'utopie planétaire. De la cite prophétique à la société globale*. Paris, La Découverte.

de avance del saber. Uno de los únicos también en el cual el programa de investigación de Birmingham sigue siendo respetado: las encuestas etnográficas en profundidad, la sensibilidad empática ante las culturas populares, el cuestionamiento sobre sus incidencias políticas. Aunque la marginación de las referencias marxistas haga deslizar el léxico de la resistencia y de la subversión hacia la ciudadanía y el espacio público. La cuestión de las diásporas, de las inmigraciones y de la movilidad espacial es esencial puesto que permite un enfoque concreto de las formas y de los efectos de la globalización, abre a los investigadores un campo que permite un análisis alternativo de los textos. Es también el lugar de un enfrentamiento a las nuevas mitologías sociales cuyo mejor ejemplo está constituido por el multiculturalismo.

Los trabajos sobre las diásporas se han multiplicado desde los años 1990. Así, las encuestas realizadas por Kevin Robbins (2001), en colaboración con Asu Aksoy (2000), sobre la manera según la cual los inmigrantes turcos combinan la utilización de los medios de comunicación propios de su país de acogida y siguen los programas provenientes del país de origen gracias a las cadenas de televisión recibidos por satélite son especialmente estimulantes. Aksoy y Robbins encuentran en los discursos suscitados por la difusión de redes turcofonas en Alemania y en Reino Unido las dos polaridades del multiculturalismo: la denuncia de una oferta que encierra los Turcos en un *ghetto* comunitario y la percepción más positiva de que estos medios de comunicación van a constituir el vínculo de una comunidad imaginaria turca. Las entrevistas revelan la vacuidad de estas representaciones. El análisis de la oferta muestra, en primer lugar, que, lejos de expresar una identidad turca monolítica, las cadenas recibidas por satélite han estado, por el contrario, en el origen de un estremecimiento completo del modelo oficial de una identidad turca, poniendo en escena la diversidad religiosa, cultural y lingüística, es decir cuestionando la referencia a una comunidad imaginaria homogénea.

Las prácticas de los inmigrantes maltratan también los *a priori* multiculturalistas. A lo largo del proceso de socialización, el peso de los medios de comunicación turcos y la de los países de acogida varía en proporciones considerables. Los más asiduos ante las redes turcas pueden ser simultáneamente los más críticos hacia su estilo superficial, mientras que otros se dicen fascinados por la red *Channel Four*. Otro turco interrogado en Londres admite, por el contrario, mirar únicamente las televisiones turcas. No por ello está encerrado en una burbuja cultural turca puesto que lee a diario los periódicos ingleses y se relaciona esencialmente con britá-

nicos. Sin negar sus aportaciones, Robins y Aksoy invitan a tomar cierta distancia con respecto a las nociones comunidad imaginaria y de identidad si suponen una forma de coherencia obligada y de claridad dominante cultural. Lo que está en juego es la exploración de los espacios mentales, de los desplazamientos, de las construcciones de refugios identitarios que van de un universo cultural a otro, combinando y compartimentando todas las operaciones extranjeras a una monocultura de la identidad o de las inversiones culturales. Más recientemente, los trabajos de Morley exploran el tema del «lugar, espacio e identidad en un mundo mediatizado». Cuestiona asimismo las reacciones que suscitan las migraciones y la movilidad espacial, que tomen la forma de fenómenos de pánico identitario, entre los que deploran esta mezcla venida de otro lugar, o que se trate de la relación vivencial con esta movilidad. A los riesgos de exceso de homogeneidad que pueden sugerir numerosas visiones de la identidad, invita a sustituir un enfoque comprensivo de las pertenencias plurales de los agentes sociales a pensar las hibridaciones culturales.

La invitación de Aksoy y Robins a considerar unos espacios mentales es aceptada literalmente e incide en los intercambios entre los geógrafos y los especialistas de los Estudios Culturales. Algunos investigadores anglófonos han contribuido a un proceso internacional de aproximación entre la geografía y las demás ciencias sociales, desarrollando una geografía humana que no se limita ni a la demografía ni a la morfología de la vivienda para pensar la articulación entre las relaciones sociales y las estructuras espaciales²⁹. Esta línea de investigación ha conocido importantes desarrollos desde una década. Los trabajos pueden abordar la manera según la cual el espacio urbano es apropiado y funciona como un recurso o un hándicap para unos grupos étnicos y unas categorías de edad. Tratan también la forma según la cual la terciarización del empleo, la desvitalización de las industrias tradicionales, la gentrificación de los centros urbanos recomponen las sociabilidades y afectan a los estilos de vida. Una parte de los trabajos más novedosos se inscribe igualmente en este horizonte, a la imagen de John Urry y su original puesta en perspectiva de una mirada de turista (1990) sobre el mundo urbano y los paisajes. Subraya la omnipresencia y la institucionalización de los filtros y de los modos de percepción que sobrecargan culturalmente hasta los más ordinarios pai-

²⁹ Gregory, D., Urry, J. (1985). *Social Relations and Spatial Structures*. London, Mac-Millan.

sajes urbanos o naturales. Las grandes obras, no se limitan a este ámbito, como lo demuestra el trabajo de Gartman (1994) sobre una historia social del diseño automovilístico en Estados Unidos que constituye también una historia de los fantasmas sociales que cristaliza el automóvil. Sharon Zukin (1995) explora, por su parte, las relaciones entre la cultura y la ciudad. La apertura de un museo, los modelos de ordenación del espacio en los parques de atracción *Disney*, la sociabilidad propia de los artistas o el comercio de los bienes culturales que revelan unas formas muy concretas de moldear el espacio urbano.

Insistir en la calidad de estos polos de renacimiento supone igualmente una confesión: si pueden escribir en las revistas de los *Cultural Studies*, la mayoría de los autores mencionados no reivindican el estatus de miembro de esta tribu. Se produce un cruce paradójico. Por una parte, una amplia parte de los investigadores que se reivindican de los *Cultural Studies* se emplea, a veces a través una reescritura de la historia, a reprimir una parte de la genealogía de la disciplina, a valorizar de nuevo un elitismo teoricista y una orientación hacia los textos en contra de los cuales se había constituido este movimiento. Por otro lado, simétricamente, otros investigadores rehúyen identificarse con los *Cultural Studies* cuyas evoluciones dificultan la identificación. Y una de las revistas que producen hoy en día a la vez las contribuciones más próximas de los objetos y del espíritu de Birmingham y una crítica radical de las derivas de los *Cultural Studies*³⁰ es el *International Journal of Urban and Regional Research*, producido por politólogos, sociólogos y geógrafos. Todo sucede como si, en contra de las derivas y de la institucionalización de los Estudios Culturales, un distanciamiento se impusiese a su propósito como manera de preservar un proyecto crítico atento ante los retos sociales y políticos de lo cultural.

Conclusión

Recordemos que, desde los años 1960, las *Cultural Studies* han puesto en el orden del día toda una serie de cuestiones: ¿De qué manera el entorno social, la edad, el género o la identidad étnica afectan la re-

³⁰ Storper, M. (2001). «The Poverty of Radical Theory Today: from the False Promises of Marxism to the Mirage of the Cultural Turn», *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 25, pp. 155-179.

lación que mantienen las personas con la cultura? ¿Cómo comprender la recepción de los programas televisados por los diferentes públicos? ¿Los estilos de vida de los jóvenes constituyen unas formas de resistencia? Desde entonces han renovado el debate tanto académico como social sobre las relaciones entre la cultura y la sociedad. Este artículo ha analizado más precisamente la historia reciente de los Estudios Culturales, que empieza en los años 1980 con el giro metodológico y político, gracias a un relevo generacional, y que se traduce por ciertas derivas, antes de dirigirse hacia una cierta convergencia. Este cambio de rumbo coincide con la internacionalización de los *Cultural Studies*, a pesar de las especificidades nacionales y continentales, y traduce una ruptura del compromiso de los investigadores. En definitiva, si los Estudios Culturales han profundizado ciertos temas y han favorecido la emergencia de otros, como los Estudios Postcoloniales, se han dejado llevar por la simplificación, la predilección por el mercado y la micro-sociología. Una de las maneras de salir de este impasse consiste en explorar nuevas interdisciplinaridades.

Más allá, si la reivindicación de la mirada cultural podía ser todavía la exclusividad de una visión crítica de la sociedad durante el «periodo de oro» de los *Cultural Studies*, no sucede lo mismo en el inicio del siglo XXI. La atención prestada a la dimensión cultural del proceso de integración mundial y de los fenómenos de disociación que constituyen lo contrario, es el hecho de actores tan diversos que el significado de la cultura como instrumento del pensamiento libre, como técnica de defensa contra todas las formas de presión y de abuso del poder simbólico, se convierte en secundaria. Se ha impuesto poco a poco la noción de cultura instrumental, funcional con respecto a la necesidad de regulación social del nuevo orden mundial como consecuencia de los nuevos imperativos de la gestión simbólica de los ciudadanos y de los consumidores por los Estados y por las grandes empresas. Este enfrentamiento permanente del sentido convierte a cualquier enfoque de la cultura, de las culturas y de su diversidad en profundamente ambiguo. Pasando de la Unesco a la Organización Mundial del Comercio (OMC), los debates sobre la cultura y la legitimidad de las políticas culturales se han orientado hacia los servicios. La cuestión del estatus de las mercancías culturales entra en el ámbito de la geopolítica y de la geo-economía. En este trayecto, la noción de diversidad cultural se ha transformado en una pluralidad de productos y de servicios en un mercado mundial competitivo, técnicamente capaz de producir cierta diversidad.

Las redes e industrias de la cultura y de la comunicación están en el principio de nuevas formas de construcción de la hegemonía. Es la razón por la cual los conflictos en torno a la excepción cultural, del derecho de autor o de la gobernanza del ciberespacio han adquirido semejante importancia estratégica. Esta nueva centralidad de la cultura está ratificada por la noción de *soft power*, ya que cualquier forma de poder no recurre a la fuerza y participa en la capacidad que tiene la potencia dominante de fijar el orden del día, de tal modo que moldea las preferencias de los demás países. Inconcebible sin la potencia creciente del arma cultural, informativa y lingüística, el *soft power* se ve asignado la tarea de cultivar el deseo de un orden planetario estructurado según los valores de la *global democratic marketplace*. El control de las nuevas redes permite rentabilizar las inversiones en materia de representaciones del mundo. Se han extendido a través de todo el mundo, alfabetizando los consumidores y socializándolos a un modo de vida global. Que la difusión constante de estos valores orientados haya generado unos antídotos, unas respuestas y unas aculturaciones contradictorias no quita nada a la instauración de una mentalidad colectiva, de un horizonte de expectativas y de unas frustraciones crecientes.

En el lado opuesto, las luchas sociales y políticas inauguradas por los movimientos antiglobalización han puesto también la cultura y la diversidad cultural en el centro de sus reivindicaciones. Como la cultura no es un producto como los demás, estos protagonistas a vocación planetaria pero anclados en un espacio sociohistórico determinado, exigen que sea considerada como un bien público común, a la imagen de la educación, del medioambiente, del agua o de la sanidad. Es significativo que tanto la cultura como la agricultura se hayan convertido en sectores altamente sensibles en el ciclo de negociaciones lanzado en 1999 en la OMC. Más allá de lo que está en juego económicamente, la soberanía o la seguridad alimenticia y la excepción o la diversidad cultural afectan directamente a la organización de las sociedades. En este sentido se consideran como unas luchas culturales. Abren unos espacios de reflexión y de intervención que habían sido apartadas por las concepciones economistas de la cultura y del cambio social. Las movilizaciones políticas contra la globalización neoliberal y los fracasos a los que se enfrenta esta última han afectado también a las condiciones de trabajo de los investigadores, sometidos a nuevas interrogaciones y reabriendo la posibilidad de una articulación entre el trabajo intelectual y el compromiso social.